



## DESARROLLO SOSTENIBLE, INTEGRACION Y TRABAJO RURAL FRENTE A LA GLOBALIZACION

por

Pietro Romano Orlando

1. Antes de analizar el fenómeno de la globalización en su dimensión universal y, en particular, en sus proyecciones en los diferentes sectores de las relaciones humanas, también en el sector agrícola, es preciso anteponer brevemente unos elementos básicos que desde siempre han involucrado la vida del hombre en el ámbito natural del medio ambiente.

Además, es oportuno destacar, a ese propósito, la importancia de algunos conceptos complementarios e integrantes de los valores sustanciales que han acompañado y acondicionado la evolución del género humano, como los conceptos de *interdependencia colectiva* y de *solidaridad universal*.

Sin duda, el paradigma de la biología moderna es de tipo evolutivo, pero es cierto que la evolución del género humano ha sido guiada y acondicionada primeramente por el medio ambiente, dentro del cual una gran transcendencia tiene el denominado *habitat* natural del hombre.

Como es notorio, del concepto de *habitat* natural se han interesado Grmel en 1904, Elton en 1927, Mac Fayden en 1957 y Hutchinson en 1958.

Se ha llegado a la conclusión que por cada especie existe un *habitat*.

Su tamaño se reduce cada día más, es decir llega a ser más determinado con especialidad cuanto mayor es la biodiversidad en un ambiente natural complejo, como una foresta tropical, una pradería, una barrera coralina o bien como una megalópolis o en general una sociedad muy desarrollada.

El *habitat* ecológico-cultural del *homo sapiens* ha tenido su propia evolución a través de un proceso acondicionado por las ideologías socio-políticas del racionalismo, del idealismo, del iluminismo, del positivismo, del materialismo y del existencialismo.

El proceso ha sido gradual hasta el siglo XIX, pero ha estallado en el siglo XX, de manera que al umbral del tercer milenio el *habitat* cultural del hombre se encuentra en una situación complicada y difícil.

En particular, en los últimos 50 años los parámetros de conocimiento referidos a la astrofísica, la física atómica, la química industrial, la genética molecular, la economía, la sociología y la política no han llevado a un desarrollo sostenible del ambiente natural, con el consecuente deterioro del ambiente vital y con graves peligros para la futura adquisición de recursos renovables y para el posible derribo de la diversidad cultural y biológica de toda la biósfera.

Los mismos grandes conflictos mundiales del siglo XX pueden considerarse, en sentido ecológico, como fenómenos-límite de competición exclusiva del *habitat* cultural, basada principalmente sobre paradigmas económicos y socio-políticos, sustentados por ideologías extremistas, como el social-comunismo, el nazi-fascismo y el capitalismo imperialista.

Una reacción correctiva a estos parámetros de *habitat* cultural autodestructivos del género humano empieza con la afirmación de los derechos del hombre, cuyas raíces se encuentran sobre todo en la filosofía del cristianismo y de otras religiones.

También en el ámbito internacional antes y nacional después, un nuevo, importante parámetro se impone en el *habitat* cultural del *homo sapiens*: la tendencia hacia el ultrahumano, la *interdependencia colectiva*, la *solidaridad universal*, sustentada por la cultura de donar y compartir, con motivo de la certeza de transmitir en la persona humana no sólo una hereditariad biológica, sino también una hereditariad espiritual-inmortal, participada por el soplo divino.

En este ámbito cultural de interconexiones multilaterales, de *interdependencia* entre Estados y pueblos, de relaciones intergeneracionales se afirma y se consolida además el nuevo paradigma del desarrollo sostenible, subrayado de un modo completo en Río de Janeiro sólo en 1992.

En Río los Países se han dado cuenta de la necesidad de un cambio radical del viejo modelo, para lograr un modelo de civilidad distinto, que considere primeramente el hecho que ahora ya el planeta se ha cambiado en un Village Global, unido por el progreso de las vías de comunicación y por las tecnologías de la informática.

Estamos ahora ya en un proceso de globalización, dentro del cual cada generación tiene la tarea de inventar y definir de nuevo su *habitat*, es decir su forma de vivir, a través de una evolución cultural que involucre nuevos recursos y nuevos valores.

Esto para lograr un cambio generacional o epocal o de regimen social económico y político, que contribuya, mediante un proceso de integración, a equilibrar progresivamente el orden internacional.

El cambio de estilo y forma de vivir, de visión del mundo, tiene que desarrollarse en el ámbito de la *solidaridad* entre las generaciones y los pueblos.

En la base de la economía de cada País y de su desarrollo sostenible es preciso considerar el interés de todo el género humano a un nuevo orden económico-social internacional más equitativo y a un desarrollo sostenible común.

Es necesario romper las barreras, fomentar la circulación de informaciones y recursos, para que las diferentes formas de vivir se sometan a un proceso de recíproca inculturación, en la perspectiva de una equilibrada evolución del género humano.

Fomentar las responsabilidades intergeneracionales, insertar las exigencias de un ambiente sano y equilibrado en el proceso del desarrollo socio-económico, lograr la reciprocidad de las relaciones, son parámetros imprescindibles para que siga adelante la evolución en el tercer milenio.

A razón de esto, es preciso considerar la calidad del desarrollo económico en una dimensión de constante mejoramiento de la calidad de vida de todo el género humano y también de

imprescindible referencia a un sistema de valores centrado en el hombre, destinatario último del proceso de desarrollo sostenible.

2. También en América Latina, como en otros Países, sobresalen y se imponen problemas de cambio generacional, además de nuevos modelos existenciales conexos con parámetros de solidaridad internacional.

Los retos actuales están vinculados con los temas del desarrollo sostenible, de la integración, de las relaciones internacionales.

Por ejemplo, en Argentina y en todo el Cono Sur, después de muchos años de inestabilidad socio-política, existe un amplio acuerdo con relación al modelo de sociedad integrada, que ahora ya se halla caracterizado, en lo esencial, por la presencia simultánea de tres factores: *democracia política, economía de mercado y solidaridad social*.

Una vez solventados, en gran parte, los graves problemas de orden político y de ajuste económico interno, a los que los Países del Cono Sur se han enfrentado a lo largo de los últimos años y que centraron sus prioridades en objetivos de política interior, el reto actual reside en adaptarse al contexto internacional, también por lo que se refiere al comercio de productos agropecuarios.

La progresiva globalización del sistema económico mundial - haciendo inviable el aislamiento de las economías nacionales - y la tendencia a la apertura económica sancionada por la creación de la O.M.C. han desembocado a nivel mundial en un renacimiento del fenómeno de la integración regional.

El relanzamiento de la integración en el Cono Sur obedece, como es notorio, a la estrategia del *regionalismo abierto*, basada en la liberalización comercial y en la inserción competitiva en el mercado mundial, la cual busca aunar el crecimiento del comercio intrarregional con el crecimiento de los intercambios con el resto del mundo.

La nueva estrategia de la integración ha suplantado los viejos modelos de integración y cooperación horizontal, peculiares de la tradición latino-americana y ahora ya inadecuados frente a las exigencias de la mundialización.

La modificación profunda del modelo de crecimiento, y por ende de la política económica, ha traído aparejados también cambios significativos en el programa de integración regional.

En realidad, la integración del Cono Sur ha sido progresivamente aventajada por el cambio sinérgico de tres factores importantes: la apertura de los mercados nacionales, el retorno al pluralismo político, el diálogo democrático entre los gobiernos de los Países respectivos.

El clima democrático que se ha extendido, a partir de los años '80, por toda América Latina ha representado el principal estímulo político para la reactivación de las iniciativas subregionales de integración.

La nueva legitimidad democrática es también el mayor sustento del Cono Sur, ajustándose su estructura y sus propósitos directamente a estos nuevos condicionantes regionales e internacionales.

En fin, cabe destacar la trascendencia de los objetivos definidos en la nueva estrategia de integración: el mejoramiento de las condiciones de vida de los habitantes, la preservación del medio ambiente, el intento de lograr una adecuada inserción del mercado común en el sistema de las relaciones económicas internacionales.

Las consideraciones expresadas en general y también en particular, con referencia al subcontinente latino-americano, tienen una gran importancia en consideración de su carácter propedéutico, puesto que la multiplicación de las relaciones internacionales ya nos introduce al tema de la globalización.

3. La globalización es una inmensa producción de riqueza, y si deseamos defender los valores fundamentales del hombre, es preciso acelerar su proceso.

Sin embargo, del fenómeno de la globalización muchos Países consideran nada más que el gravamen, los riesgos, la dificultad en el cambio de costumbres y de forma de vivir; por eso se quedan con temor y recelo, desfavoreciendo de esta manera el ensanchamiento de sus mercados.

Los capitales y las inversiones se dirigen en donde hay más mercado y más dinamismo productivo, creando ocupación y favoreciendo la libre economía de mercado.

En el ámbito de la O.M.C., en el año pasado, luego de los protocolos sobre telecomunicaciones e informática, se ha suscrito además el convenio multilateral que liberaliza los servicios financieros en escala mundial.

Esto significa que ahora ya para algunos importantes sectores estamos en un proceso de globalización y liberalización de los mercados internacionales.

Sin embargo, más allá del aspecto económico-productivo, cabe destacar que la globalización es un proceso vital, que involucra elementos básicos de solidaridad social.

Por cierto ella no fomentará desigualdades, iniquidades, injusticias.

Al contrario, a través de la globalización, además de la realidad de los valores esenciales del hombre, han sido aclarados sus derechos democráticos y sindicales, reafirmandose la necesaria tutela de su trabajo, la represión del *dumping* social, la instrucción, la tutela del medio ambiente y de la salud, hasta la protección de los animales.

La globalización es también acercamiento de culturas, religiones, identidades sociales diferentes, haciendo constar de tal manera las incongruencias y los desequilibrios a nivelar a través de la cooperación para un desarrollo sostenible común.

En realidad, si queremos defender los valores fundamentales del hombre, tenemos que acelerar este proceso de globalización, no tener miedo de sus consecuencias. Soluciones alternativas, como la independencia económica y social de cualquier País -que suponga presuntuosamente su autoabastecimiento o autarquía, aislandose de los mercados de terceros Países - llevarían hacia la violencia, el terrorismo y la guerra, inaceptables en las sociedades civiles.

En resumida cuenta, la globalización es un proceso que en la comunidad internacional sigue estructurandose a través de la interdependencia y solidaridad entre los pueblos.

Yo pregunto, entonces: ¿Queremos mejorar las condiciones y la forma de vivir de los niños disfrutados en los Países en vía de desarrollo o bien queremos seguir defendiendo un puñado de obreros o empleados en un trabajo ahora ya no competitivo en el ámbito internacional?

Bajo el perfil de la moral social, debemos coalizar nuestros esfuerzos contra el provecho sistemático sobre estos niños, a través de la instrucción, formación y protección de ellos.

Hoy en día no tenemos más el derecho de equivocarnos y de engañarnos, disipando recursos.

Casi todos los aranceles han sido desmantelados; dentro del año 2000 no quedarán más aranceles referidos a productos y servicios importados y exportados en mercados internacionales.

Casi tres mil millones de individuos están involucrados en un proceso extraordinario de traslación del poder económico; se acortan la mismas distancias económicas con el Sur y el Este del mundo.

La misma tecnología reduce las distancias.

En Inglaterra han sido necesarios 58 años para redoblar, la primera vez, la renta *pro capite* luego de la revolución industrial; en Estados Unidos 47 años; en Alemania 43 años.

Pero, ahora China ha logrado el mismo resultado solamente en 10 años y Corea en 11 años. Y pensar que los Coreanos, después de la guerra, ganaban anualmente más o menos 80 dolares *pro capite*, mientras actualmente representan la undécima potencia mundial.

China redobla su renta nacional cada 9 años.

Casi dos mil millones de pobres han redoblado su renta entre el año '80 y el año '95.

Dentro de 20 años será posible triplicar la riqueza mundial.

¡Es la tecnología que comprime el tiempo! ¡Vivimos una aceleración histórica, impulsada por la tecnología!

Sin embargo, a pesar de la tecnología, no debemos descuidar la trascendencia de la dimensión axiológica de los problemas: en el centro de todo eso, sobresalen de un modo absoluto la figura y la vida del hombre!

En realidad, la misma tecnología y la inmensa producción de riqueza llevan al aumento de los gastos para la salud, reducen el analfabetismo, reducen la mortalidad infantil.

Amigos, hermanos, es esta la globalización. Ponerle obstáculos es una locura! Quiero subrayar, sobre todo a los Países industrializados, mi pregunta humana y solidaria: ¿Vale más ayudar y defender obreros o empleados no calificados en su País o más bien propender para facilitar la formación de otros trabajadores de Países en vía de desarrollo, que se encuentran en condiciones de desventaja?

4. En consideración de la importancia del fenómeno de la globalización, y a consecuencia de las nuevas tecnologías, en una perspectiva de fuerte competencia y competitividad de los mercados, se impone ahora la exigencia de plantear el mismo tema en una dimensión

particular, pero más congenial y cercana al objeto de nuestro congreso científico: es decir, la dimensión peculiar de la agricultura y del trabajo rural.

Aquí también es preciso reconsiderar el sistema formativo y la calificación profesional de los agricultores, como condiciones requeridas para una adecuada cultura empresarial y para una mejor definición de sus tareas respecto a los mecanismos del mercado.

En efecto, el actual escenario socio-económico, con su dinamismo y la multiplicidad de los intercambios comerciales y tecnológicos, mientras atrae la atención de todos los sectores productivos para una intensa transformación y calificación, propone de manera siempre más urgente la interdependencia y la internacionalización de los intercambios y de los mercados.

El conjunto de dichos factores, en rápida evolución, incita los componentes sociales y económicos de los diversos Países a una intensa preparación en el sentido técnico-científico, con el fin de afrontar de un modo adecuado los grandes procesos corrientes y de sostener la competencia y la competitividad que «el mercado global» necesariamente comporta.

La agricultura en especial, entre todos los sectores productivos, es llamada a exponerse, proponiéndose nuevos objetivos de crecimiento, también y sobre todo porque, dentro del cuadro de revisión de los acuerdos de la O.M.C., el sector primario es destinado a experimentar las mayores repercusiones.

La agricultura moderna, en el respeto precioso del medio ambiente, debe poder confrontarse con las exigencias y los cambios continuos del mercado.

Con motivo de esto, y en la perspectiva de un sistema moderno de agricultura, validamente insertado en un sistema general agro-alimentario y agro-ambiental, los operadores agropecuarios deben ser capaces de afrontar una realidad siempre más compleja.

Las estructuras hacendales, aumentando sus dimensiones e introduciendo nuevas tecnologías y relevantes procesos innovativos, precisan, pues, correctas y adecuadas gestiones, compatibles con las exigencias de un desarrollo sostenible.

En tal contexto tienen una importancia particular sea la formación y la calificación profesional, relacionadas con los desarrollos de la organización del trabajo en las haciendas agrícolas, sea el rol del asociacionismo económico.

Mientras sobre la organización económica y sobre los aspectos legislativos y ambientales los Países intentan realizar una progresiva uniformidad, el sector mayormente sensible y vulnerable está representado por el sistema formativo, en donde a los tradicionales atrasos se agrega el *handicap* de una calificación deficiente, respecto a las exigencias del momento, además que inadecuada para la creación de una cultura empresarial.

El sistema formativo desarrolla un papel primario, siendo destinado a mejorar la calificación profesional y directiva de los jóvenes agricultores.

En realidad, en el contexto productivo (en el cual la adquisición de los factores tradicionales -materiales y medios técnicos, tecnologías, recursos financieros- se hace relativamente más sencilla), estos jóvenes constituyen el recurso de mayor valor, pero también el más escaso, lo que es más difícil sustituir, es decir el verdadero factor condicionante.

No cabe duda que al presente las empresas agrícolas tienen necesidad de *managers* dotados de gran profesionalidad y de nuevos valores, capaces de trabajar con autonomía y con

sentido de responsabilidad dentro de la empresa, aislados o bien en grupo, confiados en la máxima colaboración entre competencias y funciones diferentes.

En este contexto, las capacidades denominadas «*self-help*» y «*self-starter*» asumen un rol cada día más relevante; asimismo en el trabajo rural deben desarrollarse nuevos programas para estimular el espíritu de asociación y de cooperación.

Actualmente las mejores empresas dedican parte relevante de su tiempo para la formación profesional; la cual llega a ser una especie de «producto paralelo», un *quid pluris*, capaz de conferir valor agregado y determinante para la calidad y el éxito de las producciones tradicionales.

El «mercado global» ahora ya exige que los actuales sistemas se traduzcan en sistemas de empresas operantes según una lógica de calidad total, en la constante búsqueda de una mejor calificación de los nuevos empresarios agropecuarios.

Por consecuencia, la falta, o cuanto menos la insuficiencia, de una adecuada cultura empresarial y de una cultura social representan los síntomas de un sistema que todavía no ha tomado conciencia del sentido de hacer agricultura moderna.

Muchos y ciertamente importantes son los factores que acondicionan todavía el crecimiento cualitativo del sector. Tales factores, individualizados en los diferentes Países y evidenciados en sus interrelaciones, son fácilmente catalogables:

- a) una cultura del mundo agropecuario inadecuada a sostener los cambios corrientes;
- b) una falta de información sobre los convenios internacionales relativos al comercio mundial y sobre las disposiciones en el sector agrícola, adoptadas por los organismos internacionales; así mismo sobre las leyes y los reglamentos a nivel nacional y regional, que influyen de modo notable en la gestión agrícola;
- c) los problemas económico-sociales del mundo agro-forestal, comprometidos a la modificaciones todavía vigentes en el sector, cuyos *trends* quedan inalterados desde largo tiempo (desocupación agrícola, reducción de la ocupación, etc.);
- d) un insuficiente conocimiento del mundo de referencia, también por falta de sensibilización del mundo externo para el rol del sector agropecuario;
- e) los problemas sociales relacionados en especial modo con el problema de la contaminación;
- f) las exigencias de tutela de los consumidores, que imponen al sector agropecuario precisas obligaciones de producción calificada.

Además, el factor mayormente condicionante para afrontar adecuadamente la gran parte de los problemas del sector es la falta de una cultura del asociacionismo, entendido como conocimiento de las diferentes formas de agregación y de intercambio, necesarias para cualquier hipótesis de desarrollo sectorial.

En conclusión, también en el sector agropecuario no debemos descuidar la dimensión global de los problemas.

Debemos apuntar hacia la búsqueda de una mayor interdependencia cultural, social, económica y tecnológica con el mundo.

Eso requiere una constante solidaridad y un sentido de humana reciprocidad, además que una toma de conciencia universal y una ética colectiva muy fuerte.

Sin duda, necesita también una carga de responsabilidades políticas y morales; quizás, un nuevo contrato social entre gobiernos y ciudadanos, para lograr un desarrollo común.

El desarrollo sostenible es el desafío del tercer milenio y también la agricultura, reconsiderada en función de los objetivos de una nueva sociedad rural, apunta a la recuperación de su relación natural con el medio ambiente y contribuye además a la sostenibilidad de un desarrollo económico y social de las naciones y de todos los pueblos.

Eso se relaciona por lo tanto con el actual proceso de globalización, que intenta privilegiar, en resumida cuenta, la dimensión universal de cualquier fenómeno social, profundizando su análisis según una concepción olística, que apunta también y sobre todo a la recuperación de un sistema de valores, conexos de un modo indisoluble con la tutela de los derechos fundamentales del hombre.